

Antígona, por el Teatro de la Resistencia

Antonio Serrano Agulló
Jornadas de Teatro del Siglo de Oro
aserrano46@telefonica.net

El viernes 11 de junio de 2010, a eso de las 12 de la noche, la alcaldesa de Alicante se dirigía, desde el balcón del Ayuntamiento, a una multitud alegre y festera para enardecer ánimos, transmitir optimismo y animar a sus paisanos a que vivieran las fiestas de San Juan pletóricos de alegría, exhortándoles, legítimamente, a que por unos días olvidaran crisis económicas o cualesquiera otros problemas que pudieran atenuar el alborozo y el buen humor.

Exactamente 12 horas más tarde, en la Mostra de Teatre d'Alcoi, Hadi Kurich, al frente de la compañía «Teatro de la Resistencia», estrenaba su versión de *Antígona*, la obra de Sófocles, que, con frecuencia, y aunque cueste creerlo, sigue apareciendo por los escenarios ¡veinticinco siglos! después.

El mero hecho de la elección de esta obra nos da una pauta de quiénes son Ana y Hadi Kurich y su teatro de la resistencia (ahora con minúsculas y sin comillas). A una compañía se la conoce por su buen o mal hacer; por sus aciertos o errores en la solución de los problemas que provocan los montajes; pero también se la conoce, y previamente a los resultados, por los títulos que elige y en qué momento los elige. Es el viejo asunto que tanto preocupó a algunos de nuestros hombres de teatro como Rivas Cherif o, más cercano a nosotros, Ricard Salvat. Es la constante, y trascendental, disyuntiva de la creación de un repertorio, que llegó a enfrentar a figuras como María Teresa León y Federico García Lorca en la época de «La Barraca».

Así que, en los tiempos en los que estamos y con lo que está cayendo, Hadi Kurich decide montar *Antígona* alejándose de soflamas y de caminos fáciles y festivos. En el programa de mano se dice que «sin Antígonas no habría poesía ni revolución; y sin Creontes no habría ley». Nosotros, tomando como punto de partida estas palabras, podríamos decir que sin ciertas mentalidades incitadoras no habría obsesiones festivas en el individuo; y sin la valentía de los Kurich y otros muchos no habría un teatro de la conciencia y la responsabilidad: dos modos de vivir la vida y de concebir el teatro. (Que no tienen porqué excluirse; pero que ocurre frecuentemente.)

Antígona no es una obra para pasar el rato superficialmente. *Antígona* nos habla del sentimiento; de la viabilidad de romper o no la norma para cumplir con un deseo inexcusable; de la libertad del individuo frente al estado; de la inhumanidad de algunas leyes. En suma, *Antígona*, veinticinco siglos después, nos habla de la dialéctica del individuo y la sociedad, y eso no está en la órbita de un teatro ligero y amable. Cuando se está viendo cómo las razones de estado a veces no son sino puros pretextos para imponer la voluntad y anular al contrario, uno se siente irremediabilmente aludido. *Antígona*, pues, inquieta, provoca meditación, ofrece diversos campos de debate y reclama una respuesta íntima y profunda del espectador. Y programarla delata al autor del montaje y al concepto que tiene de la función del teatro en la sociedad actual. Montar hoy esta obra, y más desde una compañía privada, ya constituye un admirable ejercicio de valentía y responsabilidad, que los espectadores, de entrada, debemos agradecer y calibrar en su justa medida.

Pero los que conocemos la trayectoria de Hadi Kurich sabemos que esta elección no se debe ni a un equívoco, ni a un desvío caprichoso en su línea de trabajo. Y, mucho menos, a un error de cálculo en sus posibilidades como director y actor. Hadi Kurich ha mostrado siempre preferencia por un teatro sólido y cargado de propuestas éticas. *Opus primum*, *El cielo estrellado sobre nosotros*, *Edmun Kean*, *Nostalgia*, constituyen un rosario



de títulos elegidos consciente y ambiciosamente. Y, sin duda, son también un desafío a sí mismo, porque sabe de antemano la dificultad de la distribución comercial que estas obras van a tener.

La versión que presentaron está realizada por el propio Kurich, y es una refundición de *Los siete contra Tebas*, de Esquilo y *Antígona*, de Sófocles. Los personajes se han reducido a cuatro y el coro se mantiene siempre con estos cuatro actores que dan vida a los personajes. Obviamente, en este tránsito son muy útiles las máscaras que portan, y que se completan con unos mantos cortos, que cubren también la cabeza y caen sobre los hombros. Esto, al igual que el vestuario, está dentro de la sobriedad que exige la tragedia. Las mujeres portan unas túnicas blancas, y a veces las acompañan con ligeras capas cortas marrones. Los hombres se visten con uniformes militares siempre de tonos suaves y sin ninguna concesión al adorno inútil ni ostentoso. Todo, pues, en esta línea elegante, digna y noble del teatro griego.

La puesta en escena es sencilla y esencial. Unos cuantos elementos funcionales y versátiles cobijan la acción, pero sin quitarle ni una ápice de protagonismo. Así, todo está en función del actor y la palabra, máximos protagonistas de este tipo de teatro.

El ritmo impuesto a la representación constituyó otro de los aciertos. Todo ocurre y se dice con la solemnidad que corresponde a la tragedia griega. Los movimientos son pausados y el cuerpo se manifiesta siempre con unas actitudes dignas. E insisto en el «se dice» mencionado anteriormente. El fraseo de los actores es algo que aparece muy trabajado en la representación, adquiriendo, en general, un nivel siempre satisfactorio y, en ocasiones, verdaderamente óptimo. En una obra como *Antígona*, conseguir la grandeza de la palabra para estar a la altura de la grandeza del personaje, es verdaderamente esencial. Y aquí se consigue. Y eso es muy difícil en la tragedia griega, expuesta peligrosamente siempre a una coloquialidad que la empujaría. Buen trabajo, pues, en este sentido, del director, y buen trabajo también el de los actores.



Es necesario hablar de los actores, advirtiendo, de entrada, que un estreno es siempre un estreno y necesita irremediablemente ajustes, acoplamientos y seguridades en todos los intérpretes. A mi juicio, la labor de Ana Kurich es especialmente destacable. La he visto muchas veces y prefiero en ella su *vis* trágica. Tiene un cuerpo, una voz y una cara muy apropiados para ello. Su lucha entre el dolor de mujer y la responsabilidad como heroína la soluciona admirablemente, en su grado exacto; sin recurrir jamás a recursos lacrimógenos (otro de los peligros de la tragedia). Hay sensibilidad, pero no sensiblería. Hay dolor, pero no histeria. Hay interioridad, pero no arrebatos llorosos. Todo lo muestra con una profundidad que impresiona. Sigue siendo una gran actriz.

Creo que el papel de Creonte es sumamente difícil porque exige muchos matices: la firmeza del legislador; la sorpresa por la actitud de Antígona, a la que quizá no llega a comprender del todo; el egoísmo del gobernante, que tiene que mostrar todo su fuerza y su rigor; el miedo a las implicaciones familiares que va a provocar el conflicto. Hadi Kurich, como actor, resuelve bien todo ello. Pero incluye un matiz que me satisface en especial; y es que, en ciertos momentos, aporta al personaje una ligera veta de trastorno, de locura, de demencia que lo hace hasta más humano y lo emparenta con figuras shakespearianas y calderonianas.

Begoña Tena y Miquel Mars cumplieron sobradamente en sus papeles. Quizá a Miquel le costó más trabajo entrar en calor, pero cuando lo hizo, lo hizo bien. Están en sus personajes, hay corriente de comunicación con los otros, hablan y escuchan bien, se mueven en su justa medida. Todos ellos, los cuatro, tuvieron tensión y concentración. Y eso se nota al final: tardaron bastante en poder sonreír para agradecer los aplausos del público.

Buen trabajo, en suma el de toda la compañía, que se merecería el premio de muchas funciones. ¿Los veremos en Mérida?

